

El decreto dictado para los hebreos el mismo año de la caída de Babel, 538, decía así: «Así habla Ciro, rey de Persia: Todos los reinos de la tierra me ha dado Yahveh, Dios del cielo, El mismo me ha encomendado que le edifique una casa en Jerusalén. Quien de vosotros pertenezca a cualquier porción de su pueblo, sea su Dios con él y suba a Jerusalén, de Judá, y edifique la casa de Yahveh, Dios de Israel».

Un grupo numeroso de los exilados respondió inmediatamente. Dirigidos por un descendiente de David, Zorobabel (Sassabasar), dejaron las orillas del Eúfrates y habiendo llegado a la tierra de sus mayores, se estableció en los alrededores de todo Jerusalén, en el pequeño cantón de Judá, que desde este momento se convierte en el núcleo de la nación restauradora, el que dará a todos los israelitas el nombre de judíos. Más tarde llegaron otros grupos de desterrados, entre los cuales fueron los más importantes los que capitanearon Nehemías y Esdras en 445, bajo Artajerjes I, y en 398, bajo Artajerjes II. La vida fué dura al principio para los inmigrados. Había que restaurar las ruinas, poner en cultivo los campos desolados por la guerra y renovar el culto. Había que luchar con la hostilidad de los paganos, colocados en la cercana provincia de Samaría, por la política deportadora de los asirios, y con la indiferencia de los israelitas, que habían permanecido en Palestina, que no sentían la necesidad de una restauración, incompatible con su moral relajada y con su religión bastardeada. En este momento aparecieron los profetas Ageo y Zacarías, que con sus discursos estimularon el celo de los restauradores y les animaron a vencer todos los obstáculos. Zorobabel tenía todas las condiciones de un jefe y además un amor apasionado al cúmulo de tradiciones sintetizadas en aquel templo, que fué

restaurado gracias a su actividad y vigilancia. «Echaron los cimientos del santuario del Señor. Y entregaron dinero a los canteros y a los carpinteros, y comida y bebida y aceite a los sidonios y a los tirios para que trajesen maderas de cedro desde el Líbano al mar de Jappe, con arreglo a la autorización que Ciro, rey de Persia, les había dado.»

La colocación de la primera piedra fué un acontecimiento, inolvidable para todos los inmigrados. Llegaron los sacerdotes y los levitas con cimbales y trompetas, «y el pueblo todo lanzaba fuertes gritos de júbilo, alabando a Yahveh. Muchos de los sacerdotes y levitas y ancianos, cabezas de familia, que habían visto el primer templo, lloraban en alta voz; muchos, en cambio, daban gritos de alegría, clamando tan alto que el pueblo no podía distinguir el rumor de los gritos de júbilo del rumor del llanto de la gente, pues el estrépito resonaba en la lejanía.»

No tardaron, sin embargo, en surgir las dificultades. Los que habitaban de antiguo en la región quisieron unirse a la tarea de los recién venidos, pero éstos no lo consintieron. Desde este momento estos judíos que han sufrido las inclemencias del destierro se consideran superiores a sus antiguos compatriotas, animados de un puritanismo que rehuye la contaminación. Es el sentimiento que dará nacimiento algo más tarde a la casta de los fariseos, es decir, separados. La repulsa tuvo para ellos fatales consecuencias, pues el anhelo de colaboración se convirtió bruscamente en una hostilidad enconada que obligó a interrumpir las obras, a multiplicar las diligencias en la Corte del rey de Persia y a gastar mucho tiempo, muchas energías y mucho dinero para repeler los ataques y las insidias de los hermanos de raza, convertidos en adversarios.